

Objeción anticipada y resuelta. —El hombre de la negación no es el Apóstol ni el Doctor infalible. —Su arrepentimiento digno de imitación. —Su recompensa. —Pedro ante el Concilio. —Sus frases. —Su fortaleza. —Simón Mago. —Ananías y Safira. —La cárcel Mamertina. —Su muerte. —Papas Mártires. —Todos ellos defensores de los derechos de la Iglesia. —Gregorio VII. —Aviñón. —Píos VI y VII. —Pío IX. —León XIII. —Reflexiones sobre la fortaleza de Pedro. —Súplica breve al Santo Apóstol.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD

Longitudine dierum replebo eum, et ostendam illi salutare meum.

Lo llenaré de longura de días, y le mostraré mi salud.

(Ps. 90, v. 16.)

Si registramos las primeras páginas de la historia del mundo; si consultamos la autorizada narración de Moisés en el Génesis, y abrimos después el Libro de los Salmos del Real Profeta, admiraremos desde luego, palpable, cuanto dolorosamente por cierto, la progresiva decadencia de la raza humana desde los tiempos que refiere el legislador y caudillo del pueblo hebreo hasta los del monarca, cortado según el corazón de Dios, según la frase misma de la revelación divina: porque mientras en el Génesis encontramos gigantes en edad y hasta en fuerzas y estatura, David nos hablará como una excepción de Goliath, y nos presentará el *maximum* de la existencia humana en setenta años, y á lo más en ochenta, en excepciones muy contadas, y en verdaderos gigantes de vida, de robustez y de salud; advirtiéndonos como de paso que aun en esos prodigios de virilidad, en esos esfuerzos de la pobre naturaleza humana, ya en sus días todo lo que exceda de esa edad no puede ser más que dolor y trabajo.

Y si después de estas reflexiones, fundadas en la historia divina y humana, venimos á la de nuestro siglo; si tocamos la realidad en la dolorosa vía de la propia y de la ajena experiencia, casi podemos afirmar que no sabemos en qué consiste nuestro decantado progreso; pues no sólo retrocedemos espantosamente en lo moral, sino que hasta en lo físico apenas tenemos tiempo para apreciar debidamente las conquistas de la ciencia y para ensanchar el vuelo de nuestra imaginación en esas maravillas que la mano verdaderamente pródiga y buena de Dios se ha servido conceder á los hijos del siglo en que hemos nacido: y mejor que nunca en nuestros días, pasamos, según la palabra inspirada del Libro de Job, de la cuna al sepulcro, del seno de nuestra madre al de la tierra, en vertiginosa rápida carrera, progresando en vivir poco, con una velocidad espantosamente admirable.

No es mi ánimo ciertamente hoy, hermanos míos, entrar en averiguaciones, por otra parte sobrado importantes, acerca de las causas de este horrible progreso de la muerte: aparte de otras muy elevadas que pueden ser objeto de serios estudios teológicos, filosóficos y naturales, no cabe la menor duda de que la decadencia de la raza humana, en especial entre nosotros y en nuestra época, es debida á la falta de ese progreso moral de que os hablaba hace un instante; como marchamos tan atrasados en ese camino, que tiene tan íntima relación y tan inmediato contacto con la vida física del hombre; como vamos en él hacia atrás en rápido y continuado ostensible retroceso, la existencia material se nos escapa también de entre las manos, por más que la ciencia y la inteligencia tratan de detenerla con marcados adelantos, y con increíbles, supremos y constantes esfuerzos; y en vez de aproximarnos á las edades centenarias de los Patriarcas, ó por lo menos á los ancianos octogenarios esforzados de la época de David, apenas si llegamos ó traspasamos los límites de la mitad de una centuria, y eso agobiados á veces por los dolores y los trabajos que lastimosamente cantaba el Profeta.

Hay algunas excepciones, es verdad; tiene que haberlas precisamente, y siempre, porque la excepción, bien lo sabéis, mis hermanos, es la confirmación de la regla: pero estas excepciones mismas, rarísimas y ponderadas en nuestros días, suelen recaer, recaen, por decirlo mejor, siempre en personas de ciertas condiciones de vida, de salud, de hábitos, de costumbres: y esto mismo viene á confirmar la tesis que dejo anteriormente establecida, y sobre la que adelanto ya mi proposición para esta mañana, reducida á los siguientes puntos y sencillísimos términos: *La ancianidad, la longevidad notable, es un premio concedido por Dios á la virtud.*

San Antonio Abad, cuya fiesta celebramos, es un hecho que apoya grandemente mi anterior idea: miradle bien, y contemplad en él al gigante de las buenas obras, á la vez que el gigante de los años: no comparéis á San Antón, que así le denomina el lenguaje popular, sin duda para expresar mejor la idea de su vejez admirable, no comparéis, repito, á ese venerable centenario, con ninguno de los pocos centenarios de nuestros días: ellos han llegado sin duda cerca de la edad ó quizás á la edad de ese Santo Viejo, por las mismas causas de moralidad que vengo ya indicando; pero ninguno seguramente le igualará en virilidad y en salud, como tampoco nadie en trabajos, penitencias y laboriosidad de vida: Antonio Abad es por lo mismo la más relevante prueba de mi proposición ya asentada, y de la divina promesa hecha por Dios á los justos, que presentan las palabras de mi texto: *Longitudine dierum, etc.*

Santo y anciano anacoreta, oid el clamor de esta generación tan pobre de vida: inspiradme para hablarla de esa misma vida en nombre de vuestra vejez; y si mis ruegos y los de mi auditorio no bastan para alcanzar de Dios nuestra demanda, han de ser suficientes con los vuestros los de la Madre de las santas soledades que habitasteis, cuna gloriosa del cristianismo, á la que decimos, postrados, con el Angel:

AVE MARÍA.

Así como la longevidad, es considerada á los ojos de la fe cristiana y de la razón católica, el premio otorgado por Dios á la virtud, la muerte prematura es, á no dudarlo, muchas veces el castigo aun temporal y físico con que latiga Dios á los que se apartan de la observancia de sus preceptos y se entregan con demasía á la vida material, olvidando por completo la eterna.

Cuando se llenó la medida de la ira divina en las abominaciones de los desdichados hijos del pobre viejo sacerdote Helí, al castigar el Altísimo sus profanaciones y abusos en el santuario, no menos que la mal entendida indulgencia de su indolente y desventurado padre, su voz, siempre voz del Oreb y del Sinaí, en la majestad de su indignación y de su justo furor contra los sacrílegos y los culpablemente tolerantes, se dejó oír del repudiado ministro de sus altares por boca de un enviado suyo, con estas terribles amenazas que muy luego debían verse convertidas en hechos: *Cortaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre, para que no haya anciano en tu casa: la mayor parte de ella morirá en alcanzando la edad viril, y esta será la señal: tus dos hijos Ophni y Phineés morirán ambos en un mismo día:* y efectivamente, mis hermanos, los dos desdichados quedaban luego tendidos en el campo de batalla en un día aciago para Israel, y el pobre anciano, aunque sumiso á la voluntad de Dios, según sus mismas palabras al pequeño Samuel que segunda vez le anunciaba la terrible revelación de Dios, caía desplomado en su silla al saber que el Arca Santa estaba en poder de los Filisteos.

En cambio los Patriarcas en la Ley natural, alcanzando hasta ocho y nueve siglos y engendrando nueva prole en edades bien extraordinarias, realizan anticipadamente las bendiciones que cantara luego David sobre las casas y familias de los que temen á Dios: los Profetas y los justos, en la Ley escrita muchos siglos después, se distinguen todavía por sus longevidades portentosas, y Elías en la segunda, como Henoch en la primera, exceptuados por un prodigio especial de la exis-

tencia y fin común entre los mortales, son trasladados al Paraíso para esperar allí los últimos días del mundo; en la Ley de gracia, en fin, en los diez y nueve últimos siglos, se reproduce ese milagro de longevidad, sobre todo en los hombres amigos de Dios: fijaos en Antonio el Abad, cuya vida pasa de un siglo.

Mas contemplad desde luego su infancia y su juventud, y acaso encontraréis en esos primeros años de su existencia la razón suprema de esa longevidad prodigiosa, fundada en las palabras del Espíritu Santo que vais á escuchar: *El camino que siguiere el adolescente, ese seguirá en su ancianidad:* y en estas otras no menos verdaderas y admirables: *Honra á tu padre y á tu madre, para que alcances longevidad en la tierra.*

En la época en que vivimos, los niños, los jóvenes á quienes apenas sombrea todavía el rostro el bozo de la pubertad, se afanan por aparecer hombres, y nosotros mismos contribuimos á hacerlos adelantar en sus pobres y desatentadas ilusiones por la rápida pendiente de la vida: excitamos por mil medios imprudentes sus pasiones, que luchan por nacer; los presentamos en el mundo y los rodeamos de sus peligros y de sus placeres, cual si fueran ya gigantes en el nunca bien aprendido camino de la experiencia; hasta instituimos diversiones y solemnidades mundanas en su obsequio, dedicadas exclusivamente á ellos, denominadas con su propio nombre: y así concluimos por desorientar completamente su alma y su corazón, abiertos á todas las impresiones como la blanda cera, y los empujamos antes de tiempo hacia la eternidad, sin revelarles nada de ese fin terrible y supremo.

Pero mirad á Antonio: perfecta y acabada antítesis de todo lo que acabo de exponer y de lamentar, si algo, y mucho, adelanta en la carrera de la vida, es para colocarse ciertamente en sus límites, salvando en salto prodigioso su etapa más fugaz y peligrosa, para venir á colocarse desde la infancia en la edad de la madurez, de la reflexión, de las realidades y de los des-

engaños: Antonio, joven-viejo, suprime aun las menores y las sencillas desenvolturas, y las honestas recreaciones, y las travesuras de la niñez; y evitando las menos reprobables ligerezas y locuras de la subsiguiente edad de las pasiones, se entrega en el desierto de su corazón, en la soledad y el silencio de su alma, en el sagrado recinto del hogar paterno, á la meditación de las eternas verdades y al servicio de *Aquel* á quien cantó David, arrepentido de sus crímenes y de sus excesos: *Señor, me enseñaste desde la juventud, y no me abandones nunca hasta mi vejez*, hasta que termine mi existencia, entregado por completo á Ti y á la guarda de tus santos preceptos.

La voz de Dios le llama, es verdad, con insistencia á la completa renuncia y retirada del mundo; pero no le obligará enteramente, no le dejará escuchar y meditar sobre el consejo de perfección evangélica consistente en la trasmisión de sus bienes á los pobres y el seguimiento inmediato de Dios, hasta que sus buenos padres hayan terminado la carrera de su vida: y Antonio, que cumplió hasta ese punto el mandato del Altísimo, puede ya contar con la longevidad, porque la palabra divina no pasa, sino que, infalible como Dios, siempre se cumple.

Uno de los Patriarcas que alcanzaron mayor vida entre los de la Ley natural fué el piadoso Enós, del que afirma terminantemente el Santo Libro que fué el que comenzó á invocar el nombre del Señor: no, en verdad, porque sus ascendientes fuesen ateos ni impíos, sino, según los intérpretes y expositores, porque él fué el primero que comenzó á dar culto público á Dios, ordenando las ceremonias y ritos de los sacrificios en sentir de unos, y en el de otros porque él comenzó á invocarle especialmente como Mesías ó enviado; de donde sus hijos son llamados en las Santas Letras *Hijos de Dios*: no de otra forma Antonio, joven aún, rico, delicado, repartiendo á los necesitados su patrimonio, venciendo los alhagos y falsos consejos del mundo y las violentísimas tentaciones que el enemigo le presenta en el

desierto mismo, tomando por guía á un anciano, viene á ser en sus primeros años todavía, jefe de una inmensa familia de cenobitas, que comienzan á invocar, como Enós y su dichosa prole, el nombre de Dios en la vida anacorética, en las soledades del Egipto, de la Siria y de la Tebaida; no en otra forma Antonio, caminando siempre, y caminando mucho, como el santo viejo Abraham obediente á la voz de Dios, recorre esas inmensas soledades y presenta al mundo de las ciudades y de los grandes centros de población, todo un nuevo mundo de silenciosos pobladores del desierto.

¡Que no pudiera yo, hermanos míos, retrataros con mi pobre palabra lo que los más inspirados artistas han trasladado al lienzo ó marcado con el cincel y el buril acerca de las tentaciones de San Antonio en el desierto! ¡Que allí entre aquellas unas veces seductoras y otras extrañas y horribles figuras entre la algazara verdaderamente infernal de los espíritus inmundos, que golpean con estridentes voces la techumbre de su pobre celdilla, oiríais la voz de Antonio, de Antonio que santamente se burla de sus constantes implacables adversarios, mostrándoles la señal de la Cruz, que recomienda á sus hijos como arma tan poderosa (dice el santo Abad), que con una sola vez que se le presente se retira debilitado y confuso! ¡De Antonio, que mofándose de todo aquel extraño estrépito, echa en cara á sus enemigos su poca fuerza, cuando se reúnen en tal número para amedrentar y oprimir á un pobre y flaco viejecillo!

Pero el desierto y sus austeridades, y esas mismas tentaciones horribles y continuadas, no apagaban en Antonio, ya hombre muy entrado en años, según hemos visto lo que hoy dura la vida, el deseo de morir, y de morir pronto por Jesucristo: ese deseo le lanza del desierto sobre las calles de la populosa Alejandría; le hace penetrar en sus cárceles; le conduce á la vista de los tormentos; le hace perseverar hasta el fin de la persecución en medio de los Confesores de Cristo, no obstante las amenazas de los tiranos para que se retirasen inmediatamente y bajo pena de muerte todos los solitarios; el Viejo